

# Completando el puzzle

## - CAPÍTULO 21 -

Ya hacía dos meses que Mónica había empezado la quimioterapia. Su familia lo sabía, pero no quiso que le acompañase nadie, quería enfrentarse a ese trago ella sola. A nosotras no nos lo dijo, sabía que nos pondríamos pesadas, que la esperaríamos en la puerta del hospital si no nos dejaba estar con ella o que haríamos cualquier cosa para que no se sintiera sola, a pesar de sus deseos. A veces volcamos nuestras necesidades en los demás y asumimos que todos queremos lo mismo y de la misma manera. Mónica lo sabía y por eso, antes de enfrentarse a nosotras para hacer valer sus deseos o enfadarse porque nos los pasásemos por el arco del triunfo, prefirió no decirnos nada. Su familia, en cambio, aunque hubiese preferido estar junto a ella, respetó lo que quería y la esperaron pacientemente en casa. Ellos la habían educado como la mujer independiente que era y, aunque a veces pensaban que se les había ido de las manos, tenían que ser consecuentes.

El día de su primera quimio, Mónica se presentó con los tacones más altos de todo su armario, los labios pintados del rojo más brillante de su neceser y una Vogue bajo el brazo, por eso de enfrentarse a los problemas con actitud poderosa. Se sentó en un sofá azul reclinable de los típicos del hospital y, cuando le colocaron la vía con la medicación y la dejaron sola, comenzó a mirar alrededor. Ella era la única que estaba sola, todos los pacientes iban acompañados por alguien y, por un momento, se sintió triste. Se sobrepuso y abrió su revista muy digna para sumergirse en las últimas tendencias durante las próximas cuatro horas, pero no llevaba ni 15 minutos ojeando la revista cuando sintió un hormigueo en su nuca y al volver la cabeza para ver de dónde provenía la sensación, vio a una mujer de unos 70 años ojeando la revista por encima de su hombro.

—Perdona, hija—dijo la mujer cuando se vio descubierta—. Es que la espera es muy aburrida, se me ha olvidado traerme el ¡Hola! y mi hijo y yo ya nos hemos contado todo lo que nos teníamos que contar en esta vida.

Mónica le sonrió y miró al hombre que estaba conectado a la máquina al lado de aquella mujer tan simpática. No debían pasarse más de cinco años, pero era difícil saberlo con exactitud porque tenía la cabeza como una bola de billar y se le habían caído tanto las cejas como las pestañas. El hombre la sonrió y se encogió de hombros.

—En realidad lo de la revista es una excusa—le dijo—. Es que lleva desde que has entrado deseando hablar contigo porque has venido sola y dice que todo el mundo necesita cariño en esta habitación. Es como mamá pato en el cuerpo de una vieja pesada.

—Vieja tu abuela, majo—le contestó la mujer muy resuelta—. Cría cuervos, hija mía... No sé si tendrás hijos pero si no los tienes hazte un nudito, que luego son todos unos desagradecidos.

Mónica se rió ante esa escena tan cotidiana y se dio cuenta de que no le molestaba la compañía de esa extraña pareja para nada.

—En realidad he venido sola porque he querido—les contó—. Mi familia quería acompañarme y si mis amigas no están aquí con una pancarta, una botella de vino y unas copas es porque no se lo he contado.

—Ay, hija, ¿y no te sientes sola?—le preguntó la mujer.

—Pues no te voy a engañar, cuando he entrado un poquito, pero lo prefiero así. La enfermedad es mía y yo sola tengo que enfrentarme a ella. Yo qué sé, que soy rara, pero no quiero tener a mi madre sentada a mi lado mirandome con ojitos de cordero degollado ni a mis amigas montando una fiesta cuando en realidad están cagadas de miedo por dentro. Que eso se nota y es muy deprimente.

—Pues sí que eres rara, pero cada uno tenemos nuestras taras—le dijo el hombre—. Yo no me hubiera podido librar de esta ni aunque hubiese querido. Si no le digo cuando tengo la quimio monta una tienda de campaña en la puerta para pillarme cuando entro.

Era refrescante tener al lado a esa familia. Ahí donde la suya le agobiaba, estos dos le transmitían tranquilidad y aceptación de la realidad. Y no veía en sus ojos miedo ni compasión, aunque seguro que había una parte considerable de lo primero. Así que tomaron por costumbre sentarse en sillas contiguas durante las cuatro horas de quimio que tenían ambos por delante cada dos semanas y, afortunadamente, ninguno de los dos tuvo que cambiar de día porque los análisis previos les saliesen mal.

Cuando llevaba dos meses de tratamiento, Mónica se dio cuenta de que el pelo se le caía a mechones. Fue una mañana, mientras se duchaba antes de ir al hospital, cuando vio que el desagüe de su bañera estaba taponado por una cantidad ingente de pelo. Así que, ni corta ni perezosa, sacó una máquina de cortar el pelo que se había comprado dos semanas antes por si acaso, y se rapó al uno. Se miró en el espejo mientras se pasaba la mano abierta por la cabeza y sin dejar un sólo minuto a la autocompasión, se puso un pañuelo de Bimba y Lola a modo de turbante, se pintó los labios de rojo, y salió para el hospital subida a sus tacones de 10 centímetros.

—Que guapa estás, mi niña—le dijo Pepa, que así se llamaba la mujer, nada más verla—. Me encanta ese pañuelo.

—Pues la próxima vez te lo regalo. Hoy no, que no me he traído recambio y tengo la cabeza que podrías leer el futuro en ella—le contestó Mónica.

—¿Ya se te ha caído la melena de león?—le preguntó Carlos, el hijo.

—Todavía podría haber aguantado un poco más, pero sólo la perspectiva de verme con calvas me daba repelús, así que he decidido cortar por lo sano antes de que llegara ese momento.

—¿Y cómo lo llevas?—le preguntó—. Para mí no fue nada traumático, pero algunas mujeres se lo toman peor.

Mónica reflexionó durante un momento antes de contestar.

—Hombre, gracia no me hace, la verdad, pero si tengo que elegir, prefiero esto al malestar o los vómitos que les dan a otras personas. Al menos puedo seguir haciendo vida relativamente normal. Pero bueno, tampoco te voy a engañar, cuando me he visto pelona me ha dado un poco de bajón.

—Normal—le dijo él, comprensivo.

Pepa puso una mano en su rodilla y la apretó infundiéndole ánimos.

—Lo bueno es que el pelo crece, hija y tú lo tienes muy bonito. Yo he tenido que vivir siempre con este pelillo de rata y no me quedan más cojones que aguantarme.

Los tres se rieron con ganas. Pepa y Carlos eran como la noche y el día. Ella tenía una fuerza y una vitalidad que relucían en la oscuridad de esa habitación de hospital y él era más comedido. Pero ambos tenían esa sonrisa franca y esa forma de ser que te hacían sentirte parte de la familia aunque no les conocieras de nada. Mónica se sentía en paz cuando estaba con ellos.

—Oye, hija, que hoy es mi cumpleaños. 71 castañas que me caen—dijo de repente la mujer.

—Anda, no tenía ni idea, felicidades—contestó Mónica.

—A estas edades no sé si es mejor felicitarme por cumplir años o por no haberme muerto todavía—se rio—. Pero a lo que iba. Vamos a cenar en mi casa este y yo esta noche, vente y nos haces compañía que sino me voy a aburrir.

—Hombre, muchas gracias mamá, eres un amor. Te has quedado sin regalo, que lo sepas—le dijo él fingiéndose ofendido.

—Si ya sé que tienes mi regalo comprado desde hace una semana y escondido debajo de la cama, a ver si te crees que el otro día te barrieron el piso los enanitos—contestó.

—Esta mujer es insufrible—dijo Carlos poniendo los ojos en blanco—. Vente, Mónica, por favor.

Mónica lo sopesó durante unos segundos, pero la verdad es que le apetecía verles en otro contexto que no fuera ese hospital, así que aceptó. Aquella tarde, antes de salir de casa de sus padres, donde se había instalado temporalmente ante la insistencia de su bendita progenitora, cogió el pañuelo de Bimba y Lola que había llevado en la cabeza aquella mañana, lo metió en una cajita y lo

envolvió. No le había dado tiempo a comprar uno nuevo, pero seguro que le hacía ilusión que le diera el suyo.

Pepa vivía en una casa baja muy antigua rodeada de edificios de pisos. Parecía la casita del viejo de la película *Up* pero en versión obrera/española. Cuando la mujer abrió la puerta exterior se sorprendió del pequeño patio que precedía a la casa. Tenía plantas y árboles aselvajados por todos los rincones y entre las ramas colgaban pequeñas lucecitas que le conferían un aspecto de jardín escondido.

—Que bien que hayas venido, hija—le dijo tras plantarle dos sonoros besos en las mejillas—. Es una pena que haga tanto frío, sino podríamos cenar en el patio. Pero pasa, que tengo la estufa encendida y da gustito entrar.

Gustito no, pero un calor de mil demonios sí. Se quitó rápidamente su abrigo negro de paño y el jersey naranja quedándose sólo con su camiseta blanca lencera que llevaba metida por dentro de los vaqueros.

—¿No te habrás pasado un poco con la estufa, Pepa?—preguntó abanicándose con el folleto de una pizzería que encontró en su bolso. Meter la mano en el bolso de Mónica sí que era como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar.

—¿Tienes calor, hija? Espera que la bajo un poco y mientras tómate una cervecita fresquita.

—No puedo beber alcohol, Pepa.

—Si ya lo sé, tonta, es sin alcohol. Te recuerdo que tengo un hijo con cáncer, esas cosas no se me escapan.

Mónica aceptó la cerveza con una sonrisa y se la bebió casi del tirón.

—Ya estoy aquí, mamá—dijo Carlos abriendo la puerta con su propia llave.

—Hijo, llama a la puerta, coño. ¿Y si estoy haciendo algo íntimo en el sofá?

—Con el jardinero, no te jode.

—O con mi mano, a ver si te crees que me hace falta a mí nadie para solucionarme mis cosas.

A Mónica casi se le sale la cerveza por la nariz.

—Anda, toma tu regalo, a ver si te callas un ratito—le dijo Carlos tendiéndole una caja envuelta con un papel de regalo horrible.

—Espero que lo de dentro esté mejor—dijo ella rasgando el papel—. ¡Pero hijo, muchas gracias!

Le había regalado un perfume de *Christian Dior*, que por lo visto era su favorito, unas entradas para el teatro, una hora de spa para dos y una crema de *Clinique* que costaba un pastón. Ese hombre adoraba a su madre, y con razón. En ese momento, a Mónica le dio vergüenza sacar su pañuelo usado del bolso, pero lo hizo.

—Toma, Pepa—le dijo tendiéndole su regalo—. Al lado de todo este despliegue voy a quedar como una mierda, pero es lo que hay.

Cuando lo abrió casi se le saltaron las lágrimas y le dio un abrazo tan fuerte que la dejó sin respiración durante unos segundos.

—Ay, Mónica, que es tu pañuelo. Muchas gracias.

—¡Y sin lavar, seguro!—dijo Carlos riéndose.

—¡Coño, es verdad, se me ha olvidado!—exclamó Mónica muerta de vergüenza.

—Qué lavar ni qué lavar, si tú vas siempre como un pincel y hueles muy bien—olió el pañuelo—. ¿Ves? Lo que yo decía. Huele genial, me lo voy a poner sin lavar.

Picotearon un poco de jamón y queso para empezar y cenaron un salmón a la naranja espectacular, todo regado con una limonada casera que Mónica se bebió a duras penas por no hacerle un feo a la antitrióna. Según nos contó estaba muy ácida, pero cualquiera le decía que no a la señora Pepa.

—Voy a por más limonada, que nos hemos quedado sin nada—dijo al ver cómo Mónica se bebía de un trago el contenido de su vaso.

Cogió la jarra y se dirigió a la cocina a rellenarla mientras ella la miraba mordiéndose el labio.

—No te gusta, ¿verdad?—le preguntó Carlos sonriendo.

—Sí, sí, está buenísima—mintió.

—Pero si hasta te lloran los ojos—se rio él.

—Bueno, qué más da. Con lo que se ha esforzado cómo le voy a decir que no.

—Te lo agradezco—dijo él sonriéndole—. Pero voy a ir a la cocina a decirle que le eche un poco de azúcar que se le ha debido olvidar. Lápsus de la edad, ya sabes.

—Y ella, ¿cómo no se ha dado cuenta?

—Desde que murió mi padre, nosotros la tomamos así, nos gusta ácida, pero cuando viene gente a casa le pone azúcar porque no es apta para paladares poco entrenados.

Le guiñó un ojo y fue a la cocina. Mónica se quedó sola en el salón observándolo todo con detenimiento. Tenía mil figuritas y adornos que no combinaban entre sí pero que en conjunto daban sabor de hogar. Se sentía a gusto entre esas cuatro paredes.

—Ay, hija, cómo no me has dicho nada—dijo Pepa entrando en el salón con la jarra llena—. Esta está más suavcita, pruébala a ver si te gusta.

Mónica la probó y esta vez le gustó más, aunque ella le hubiera echado un chorrillo de tequila.

—Está buenísima—dijo, esta vez con sinceridad.

—Bueno, ¿cómo llevas los efectos de la quimio?—le preguntó a Carlos tras acomodarse en el sofá mientras Pepa recogía la mesa y se ponía a trastear en la cocina.

—Bastante bien, lo único que he notado ha sido la pérdida del pelo, que estoy más cansada y que a veces me salen unos ronchones en la espalda que pican mucho.

—Lo de los ronchones me suena. Mi primer mes de quimio me pelé entero. Me tuve que mudar aquí para que mi madre me embadurnase de crema a cada

rato para no acabar restregando la espalda por todos los árboles como los osos.

—¿Vives sólo? ¿Y no te da miedo?

—Ya llevo un tiempo con el tratamiento y pensé que cuanto antes intentase hacer vida normal, mejor. Así que cuando se me pasó la alergia esa volví a mi casa. Yo tampoco he tenido grandes efectos secundarios y no me siento mal físicamente, así que me las apañó bastante bien. Eso sí, mi madre me llama cada hora con cualquier excusa. La quiero muchísimo pero a veces es un poco...

—Agobiante—terminó Mónica la frase por él.

—Exacto. ¿Tus padres también te agobian?

—Intentan no hacerlo, son muy respetuosos con el espacio personal de cada uno, pero cuando estoy con ellos noto cómo me siguen con la mirada allá donde voy. Hoy, cuando he vuelto del hospital y mi madre me ha visto con el pañuelo, se ha echado a llorar. Se ha metido en la cocina rápidamente para que no la viera, pero ya era tarde. Y yo les entiendo, de verdad pero...

—Quieres que te traten como siempre, ¿no?

—Pues sí. Tengo cáncer, pero no me voy a morir. Al menos de momento.

—Supongo que les cuesta hacerse a la idea de que un hijo suyo esté más cerca de la muerte que ellos. Creo que es lo más duro que tiene que soportar un padre—dijo él comprensivo.

—Lo sé y lo entiendo, de verdad, por eso no les digo nada. Pero hay veces que me da la vena egoísta y pienso que por qué coño voy a tener que estar yo teniendo tanto cuidado con los sentimientos de los demás cuando bastante tengo yo con los míos. A veces me levanto sin ganas de nada, otras estoy eufórica, con el subidón de saberme una superviviente y otras simplemente quiero quedar con mis amigas para hablar de cosas insustanciales, como tantas noches. Tengo una montaña rusa de emociones y además tengo que estar pendiente de cómo se sienten los demás.

—Y tus amigas, ¿no te ayudan con eso?



—A mis amigas no las veo desde que empecé la quimio para no tener que contárselo—confesó Mónica mirando al suelo.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Antes era para que no me dieran el coñazo con acompañarme a la quimio. Ahora... no sé, no quiero que me vean vulnerable.

—Pero es que lo estás, Mónica. Y si no te apoyas en la gente que quieres cuando más lo necesitas... ¿de qué vale?

Mónica se quedó pensativa durante unos minutos. Quizá había llevado tan lejos su fortaleza que no se había permitido dejarse mecer entre nuestros brazos un poco.

—A lo mejor tienes razón—dijo sonriéndole y poniendo su mano sobre la de él.

Carlos le sonrió acariciando su palma con el pulgar y abrió los dedos para entrelazarlos con los de ella. Así, con las manos unidas, siguieron hablando de sus respectivas vidas fuera de ese aséptico hospital y de esa guisa los encontró Pepa cuando entró en el salón secándose con un trapo de cocina.

—¿Os queréis quedar a dormir, chicos?—les preguntó obviando esa postura de intimidad entre ellos.

—Que va, yo debería ir yéndome ya—contestó Mónica.

—Espera, que te llevo en coche—se ofreció él.

Cuando llegaron a la puerta de los padres de Mónica, ella volvió a coger su mano, apoyada en la palanca de cambios.

—Muchas gracias, Carlos—le dijo.

—¿Por qué? No he hecho nada.

—Me has hecho pensar en muchas cosas y creo que el primer paso para que la gente me deje de tratar diferente, es dejar de comportarme de manera distinta.

Carlos sonrió y se acercó a Mónica a quien se le cortó la respiración cuando sus narices casi se rozaban.

—Toma—dijo él.

Mónica miró lo que éste le tendía y vio una tarjeta que acababa de sacar de la guantera.

—Mi teléfono. Llámame cuando lo necesites o cuando te apetezca. Podemos hablar de otras cosas que no sea el puto cáncer, ¿qué me dices?

—Que me apetece mucho—dijo ella.

Se dieron un abrazo y ella dejó un beso en la mejilla de él que le abrió el apetito. Todavía burbujeaba algo en su estómago cuando entró en el portal y el coche de Carlos arrancó dejando la calle sólo iluminada por la luz de dos farolas. Ahora sólo tenía que decirle a sus padres que se mudaba de nuevo y a nosotras que nos había estado ocultando que ya había empezado la quimioterapia. Ninguna de las cosas le apeteecía en exceso, pero lo entendía como un pequeño paso necesario para lograr ser ella misma de nuevo.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>